

ceses, dejando en Varna una división de infantería y la caballería, embarcaron treinta mil infantes, en cuatro divisiones, doce baterías de campaña y sesenta y cinco cañones de sitio. Completaba el efectivo de este ejército una división turca de seis mil hombres. Llevábanse trece mil gaviones, veinticuatro mil fajines, ciento ochenta mil sacos de tierra, raciones de víveres y de forraje para cuarenta y cinco días. Las flotas, que mandaban los vice-almirantes Hamelin y Bruat, Dundas y Lyons, constaban de ochenta y nueve buques de guerra y doscientos sesenta y siete transportes, que hacían un total de trescientos cincuenta y seis barcos, de vapor ó de vela. El embarque se efectuó el siete de Septiembre de mil ochocientos cincuenta y cuatro. Ya en el mes de Julio, los aliados habían hecho reconocer la costa occidental de Crimea en busca de paraje donde desembarcar, fijándose los ingleses especialmente en la punta llamada *Old-fort*, al sur de Eupatoria, que abrió sus puertas á la primera intimación, el trece de Septiembre; el catorce, empezaron el desembarco, sin que los rusos les molestaran, y el diez y nueve emprendieron la marcha á Sebastopol, caminando el ejército francés á la derecha, el inglés á la izquierda y las escuadras por la costa, á la altura de las cabezas de la columna.

El desembarco de los aliados cogió de sorpresa á los rusos, los cuales, á pesar de las repetidas indiscreciones de la prensa inglesa, no habían creído nunca que el enemigo atacase á Sebastopol. A esta creencia obedecía la distribución de sus tropas, de las que tenían ciento ochenta mil hombres en Besarabia, treinta y dos mil entre Odesa y Nikoláief, y en Crimea no más que cincuenta y un mil, divididos en dos mandos: doce mil á las órdenes de Khumutof, para defender la parte oriental de la Península, y el resto, consistente en treinta y tres mil infantes, dos mil setecientos caballos, mil doscientos cosacos y mil setecientos artilleros, con ochenta y ocho cañones, á las del príncipe Menchikoff, para defender la parte occidental y, especialmente, Sebastopol. Pero si Menchikoff no supo prevenir el desembarco de los aliados, desplegó en cambio rara audacia para detener su marcha, yendo á establecerse, con todas las fuerzas de que podía disponer, en la pendiente de una especie de terraza, que por la izquierda cae al mar, en tajo casi vertical y al parecer inaccesible, y cuyo frente corta la quebrada del Alma. Por el tajo justamente, el veinte de Septiembre por la mañana, los zuavos y una batería de la división Bosquet, sostenidos por el fuego de una escuadrilla francesa, rebasaron la izquierda del ejército ruso, no acabándose la victoria por la derecha hasta las cuatro de la tarde, á causa de la lenta marcha de los ingleses. «Yo he corrido, escribía Saint-Arnaud al día siguiente de la batalla; los ingleses han marchado». Tuvieron éstos dos mil bajas, los franceses mil ochocientas y cerca de seis mil los rusos.

La victoria del Alma abría á los aliados el camino de Sebastopol, que si estaba poderosamente defendido por la parte del mar, con siete fortalezas, dos baterías, gruesos muros y varias galerías armadas de cerca de seiscientos cañones, no tenía por el lado de tierra más

escudo que parapetos de tierra ó piedra, sin cemento, y unos ciento cuarenta cañones. Supera á todo encomio la prontitud y energía con que Menchikoff proveyó á la defensa de la plaza. En vez de encerrarse en ella, salióse al campo, para mantener expeditas las comunicaciones con Rusia, y la misma tarde de la batalla, daba al almirante Kornilof la orden de cerrar la entrada de la bahía sumergiendo parte de su escuadra, traer los demás barcos á la rada interior, desembarcar sus tripulaciones, su artillería y provisiones de toda especie, es decir, víveres para siete meses, tres mil cañones y diez y ocho mil marineros, soldados de primer orden, no menos admirables por su disciplina y heroísmo en las fortalezas que á bordo, que adoraban á sus jefes los pundonorosos almirantes Kornilof y Nakhimof. Facilitaba la defensa de Sebastopol la naturaleza de su población, que hacía de ella, más que una ciudad, una colonia militar. De sus cuarenta y dos mil habitantes, treinta y cinco mil pertenecían á la marina ó al ejército, y de éstos dependía el resto, compuesto de artesanos y mercaderes. Había pocas mujeres, apenas cinco mil, y todas habituadas á la ruda y sana actividad de las poblaciones marítimas. La disciplina social era sólida, por fundarse en los dos grandes principios del patriotismo y la fe religiosa.

Para organizar la defensa de la plaza, Menchikoff halló en su estado mayor un auxiliar de primer orden, el ingeniero Todleben, que de una ciudad casi abierta hizo en breves días una plaza de guerra formidable, cuyos muros, contruidos de faginas y sacos de tierra, á falta de hormigón y mortero, desaparecían y reaparecían con tal facilidad como si fuesen vivos, viéndose al día siguiente de un combate cerradas las brechas abiertas la víspera. Merced al genio de Todleben, la defensa trocóse en una especie de ofensiva, no cesando los rusos de avanzar, aun bajo el fuego de los aliados, y edificando delante de Malakof, en lo más fuerte del sitio, el famoso fortín del Pezón Verde. El general Pelissier, en carta al Emperador, definió más tarde, el veintinueve de Junio de mil ochocientos cincuenta y cinco, el carácter extraordinario que la audacia de Todleben imprimiera á este sitio sin ejemplo: «¿Qué es el sitio de Sebastopol? decía. La lucha persistente de dos ejércitos marchando el uno contra el otro, removiendo tierra, construyendo baterías y disputándose la posesión del campo cerrado que los separa, como se disputa las posiciones decisivas del terreno en una batalla; es un combate continuo de ocho meses..... Cada vez que nos paramos, el enemigo avanza inmediatamente contra nosotros.....» Removiése tanta tierra que, al final del sitio, los aliados habían abierto más de ocho kilómetros de trincheras.

Por virtud de la prodigiosa actividad del ingeniero ruso, cuando el veintiséis de Septiembre los aliados desembocaron en la meseta del Quersoneso, Sebastopol se hallaba á salvo de una acometida. Los ingleses se establecieron al este, frente á Karabelnaia, que protegían la torre de Malakof y el Gran Redan; los franceses al oeste, frente á la parte de la ciudad, defendida por el baluarte del Mastil y el Central. Ya no mandaba á los france-

ses Saint-Arnaud. Atacado del cólera, resignó el mando en Canrobert y murió el veintinueve de Septiembre, á bordo del *Berthollet*. Célebre por su bravura y querido del soldado, el nuevo comandante del ejército francés adolecía de falta de carácter; la magnitud de la empresa le conturbaba; desconfiaba de sí mismo; la incertidumbre y la vacilación nunca le dejaban: faltas tanto más graves cuanto que su colega, lord Raglan, era muy dado á contemporizar, y que solamente violentando los ataques podíase, al decir de Tödleben y del mariscal Niel, apresurar la caída de Sebastopol. Hasta el nueve de Octubre, no estuvieron abiertas las trincheras; el diez y siete, rompieron el fuego cincuenta y tres cañones franceses y setenta y tres ingleses; mas el ataque de los franceses fracasó por completo, á pesar del concurso de la flota, y los ingleses, habiendo destruído el Gran Redán, no se atrevieron á seguir adelante. ¡Qué mal hicieron! No había de volver á presentárseles ocasión como esta de asaltar la plaza.

Contrastaba la lentitud de los sitiadores con la actividad de los sitiados. El veinticinco de Octubre, Menchikoff ordenó al general Liprandi apoderarse del pequeño puerto de Balaklava, donde los ingleses habían puesto sus almacenes, y aunque la tentativa se frustró, perdieron estos la mejor parte de su caballería ligera. Mientras tanto, Menchikoff, que, merced á los refuerzos recibidos de Besarabia, podía disponer de cien mil hombres contra los cincuenta mil de los aliados, preparábase á un esfuerzo supremo. El cinco de Noviembre, mucho antes de rayar el día, las vanguardias inglesas viéronse atacadas de repente en la meseta de Inkermann. Con tenacidad admirable se sostuvieron los ingleses hasta las nueve de la mañana, en que, yaciendo en el sangriento limo la sexta parte de su efectivo y no quedándoles un sólo hombre de reserva, llamaron en su auxilio á los franceses. Bourbaki corrió á paso de carga, y á las once, los soldados de Menchikoff, empujados por los cazadores, los zuavos y los tiradores argelinos, se precipitaron en la barranca del Tchernaiá. Los rusos tuvieron once mil ochocientos infantes y cinco generales fuera de combate; los ingleses, nueve generales y dos mil hombres; los franceses, mil setecientos hombres. Estas cifras revelan lo encarnizado de la lucha: los aliados habían combatido, no por la victoria, sino por la vida.

Sin embargo de haber sido rechazados, los rusos alcanzaron en este ataque el importante resultado de impedir á los aliados dar el asalto proyectado hasta recibir recursos, y si los franceses no tardaron en tener más de cincuenta mil hombres, las tropas enviadas á los ingleses no bastaban siquiera á reparar sus pérdidas diarias. Porque se presentó de repente el invierno, uno de los más crudos del siglo, con largas lluvias primero, luego las nieves, los fuertes vientos del Norte y las heladas. Los ingleses, tan cuidadosos de lo que al regalo concierne, no se habían preparado para estos fríos; á fines de Noviembre, los varones vestían aun pantalón de lienzo. Así, su mortalidad fué enorme: de cincuenta y tres mil hombres enviados de Inglaterra, sólo quedaban en Diciembre doce mil válidos.

En una sola semana, entraron en los hospitales dos mil. Forzoso le fué á lord Raglan pedir á Canrobert que reforzase su derecha delante de Karabelnaia y se encargase de atacar una fortaleza menospreciada hasta entonces, la torre de Malakof, lo que, como decía el jefe de ingenieros franceses, general Bizot, equivalía á emprender un nuevo sitio y aplazar el ataque final para la primavera. Todavía se quedaba corto Bizot: no menos de nueve meses se habían de pasar antes de apoderarse de Malakof.

Durante el invierno, nada pudieron intentar los aliados, dándose por contentos con poder rechazar los ataques de los rusos, en cuyo mando fué reemplazado Menchikoff por el príncipe Gortchakof. En cambio, no se dió punto de reposo la diplomacia. Disgustadas las potencias occidentales de la tortuosa conducta de Austria, solicitaron el concurso del gobierno que ella más odiaba, el del Piamonte, cuyo rey, Víctor Manuel, joven, bravo y popular, había tomado de primer ministro al astuto, sagaz y perseverante Camilo Benso, conde de Cavour, cuyas empresas políticas habían de ser, como las de Bismarck, uno de los hechos culminantes del siglo décimo-noveno. En Noviembre de mil ochocientos cincuenta y cuatro, un confidente de Napoleón III, Persigny, partió para Turín. Considerando que Cerdeña, si auxiliaba á las potencias occidentales en Crimea, adquiriría el derecho de sentarse en el congreso que forzosamente habría de convocarse después de la guerra, y que en este congreso podría plantear solemnemente ante Europa la cuestión italiana, con el seguro apoyo de Francia é Inglaterra y la probable benevolencia de Rusia y Prusia, Víctor Manuel y Cavour recibieron gratamente al enviado francés, resueltos á concederle todo cuanto les pidiera. Estas negociaciones alarmaron en gran manera al Austria, que se apresuró, para cortarlas, á concluir el dos de Diciembre con Francia é Inglaterra un tratado, comprometiéndose á no separarse de los principios consignados en los protocolos de la conferencia y en las notas de ocho de Agosto, no negociar separadamente con Rusia y defender los principados, con la cláusula de que «si la paz no se aseguraba sobre la base de las cuatro garantías antes de primero de Enero de mil ochocientos cincuenta y cinco, las altas partes contratantes *deliberarian acerca de los medios eficaces para obtener el objeto de su alianza.*» Al fin, parecía que Austria iba á sacar la espada, y todos lo creyeron así; nada de eso. Su intención seguía siendo no hacer la guerra, sin comprender que había sonado para ella la hora de tomar resueltamente uno ú otro partido. Con razón se ha dicho que vivía siempre con un año, un ejército y una idea de retraso.

La corte de Berlín, temiendo, como todas, que Austria se fuese con los aliados, aconsejó á Rusia adherirse á las cuatro garantías y concurrir á la conferencia de Viena. Agradó al gabinete de San Petersburgo la táctica recomendada por el gobierno prusiano, y el veintiocho de Noviembre, el príncipe Gortchakof, que le representaba en Viena, participó á Buol que el Czar aceptaba las cuatro garantías, á reserva, por supuesto, de interpre-

tarlas á su gusto, y que proponía la apertura de conferencias, á las que enviaría su representante, como también debería enviarlo Turquía, y donde se pondría de acuerdo con las demás grandes potencias para el restablecimiento de la paz. Francia é Inglaterra no pudieron menos de acceder á lo propuesto por Nicolás; pero, para evitar entorpecimientos, pidieron redactar antes de las conferencias, en unión con Austria, una explicación colectiva, cuyo texto debería aceptar Gortchakof. El veintiocho de Diciembre de mil ochocientos cincuenta y cuatro, las tres potencias comunicaron al embajador ruso su interpretación de las cuatro garantías, á la que éste contestó, el siete de Enero de mil ochocientos cincuenta y cinco, con un *memento*, donde comentaba dichas garantías conforme á los deseos de su señor, originándose de aquí larga, enojosa y embrollada discusión, al fin de la cual nadie sabía si se había aprobado el *memento* de Gortchakof ó el de los aliados.

No eran tan cándidos los gabinetes de París y de Londres para no advertir que Austria, al firmar el tratado de dos de Diciembre, les había engañado de nuevo, y su enojo fué tanto mayor cuanto que las noticias de Oriente eran muy malas. En Francia, políticos importantes, como Drouyn de Lhuys, se preguntaban si no había llegado el momento de poner fin á la guerra aproximándose á Rusia. De contrario parecer era Napoleón III, convencido de que, si no se terminaba la aventura con una victoria brillante de los aliados, corría gran peligro de perder la corona. En esta disposición, estimó que no era de desdenar el concurso de Víctor Manuel, y activó la negociación de Turin, medio abandonada durante el mes de Diciembre, en términos que, el veintiséis de Enero de mil ochocientos cincuenta y cinco, Cavour firmaba el acta por la que Víctor Manuel, ingresando en la alianza anglo-francesa, se comprometía á enviar á Crimea un cuerpo de quince mil hombres, que no tardaron en embarcarse á las órdenes del general piemontés La Marmora. De este tratado había de nacer la unidad italiana. Al mismo tiempo, las potencias occidentales y la Puerta enviaban poderosos refuerzos á Oriente, y en Londres, al jefe del gabinete, Aberdeen, que había llevado la guerra con blandura, le reemplazaba Palmerston, tan apasionado por la gloria y la grandeza de su país.

Austria quiso entonces congraciarse á toda prisa con las potencias occidentales. Afectando á favor de ellas un celo que no sentía, á fines de Diciembre pidió á Prusia y á la Dieta movilizar sus tropas. Por consejo de Bismarck, la Dieta y el Gobierno prusiano le enviaron el treinta de Enero una rotunda negativa. Hizo más Bismarck: obtuvo de la Dieta, el ocho de Febrero, la resolución de poner en pie de guerra los contingentes federales en sus cantones respectivos, como si dijéramos, contra Francia, que vió enseguida á las tropas prusianas reunirse en la provincia rhenana, y á las alemanas afluir á las plazas federales de Maguncia, Ulm y Rastadt. Excelente servicio este que Prusia prestó á Rusia, á la que Napoleón III pensaba atacar en la primavera de mil ochocientos cincuenta y cinco, enviando sus tropas al través de Alemania y tomando por base de operaciones á

Austria y los principados. Mal de su grado, el batallador Emperador hubo de renunciar á este plan, y no pudiendo resignarse á la eterna y desesperante guerra de Crimea, anunció á fines de Febrero, dando vado á sus barruntos románticos, la intención de partir á Oriente á tomar el mando superior de las tropas aliadas. Mal supo el anuncio á Austria; peor le sentó á Inglaterra, que no tenía fe en el genio militar del impaciente Emperador, y cayó como una bomba entre los consejeros de éste, temerosos de que, á la partida del soberano, volviese á levantar cabeza la revolución. Napoleón no partió.

El dos de Marzo ocurrió un suceso de trascendencia: la muerte del czar Nicolás, á quien sucedió su hijo primogenito, Alejandro II, de edad madura ya, menos orgulloso y apasionado que su padre, y del que se decía que no aprobaba en los últimos tiempos la política temeraria de aquel. Algo de verdad debia de haber en esto; puesto que si en el manifiesto, publicado el día mismo de su advenimiento, Alejandro protestaba de su fe en el porvenir y de su esperanza en realizar «los ideales y deseos de sus ilustres predecesores, Pedro, Catalina, Alejandro, el amado, y su augusto padre, de impercedera memoria», la circular del diez de Mayo, en que Nesselrode exponía las intenciones del nuevo autócrata, revelaba por parte de éste deseo sincero de restablecer la paz. Entendiéndolo así, las potencias occidentales resolvieron convocar inmediatamente una especie de congreso preparatorio, que se reunió el diez y seis de Marzo en la capital de Austria. Los trabajos de esta conferencia, que despertara en Europa grandes esperanzas, pareció que iban á conducir á una solución pacífica. En pocos días, los plenipotenciarios de Inglaterra, Austria, Francia, Turquía y Rusia se pusieron de acuerdo acerca de las garantías primera y segunda, ó sea condición futura de los principados y libre navegación por el Danubio, y para facilitar el acuerdo sobre las otras dos, el veintisiete de Marzo se suspendió la conferencia, hasta que el gabinete de San Petersburgo enviase instrucciones á Gortchakof y se concertasen entre sí los de París y Londres. El gobierno francés envió á Viena á Drouyn de Lhuys, y el inglés, á lord Russen, los cuales convinieron en proponer la neutralidad absoluta del mar Negro, y caso de no poder conseguirla, fijar el número de navíos que Rusia podría tener en sus aguas. Ambas proposiciones fueron rechazadas por el representante de Rusia, que en modo alguno se avenía á limitar el derecho del Czar á tener en el mar Negro el número de navíos que le pluguiese, ni tampoco admitía la idea de que Rusia garantizase la integridad del Imperio Otomano. Rechazadas otras varias combinaciones, la conferencia se suspendió de nuevo el veintisiete de Abril. Así las cosas, se le ocurrió á Austria proponer que firmaría con Francia é Inglaterra un *ultimatum* basado en el principio de la *ponderación ó contrapeso*, según el que cada una de las potencias aliadas podría tener en el mar Negro cierto número de embarcaciones, que aumentarían ó disminuirían proporcionalmente, á medida que Rusia aumentase ó disminuyese las suyas. Drouyn de Lhuys y Russell se mostraron dispuestos á acep-